

LA OBRA MIRIANA Y LA HISTORIA DEL CARIBE CONTEMPORÁNEO

En este artículo voy a trabajar la relación entre la poesía y la historia. Partiré de una teoría de la historia que guarda relación con una teoría del sujeto y de éste, en su relación con el Estado, lo social, lo político y el lenguaje. La investigación que me propongo debe definir y acogerse a la teoría que relaciona estos supuestos; la misma se encuentra planteada por la poética histórica.¹ Lo que me propongo y trato de estudiar es, en definitiva, el paralelismo que guarda lo histórico con lo poético. Se conciben la historia y la poesía como dos entidades diferentes, ya que el trabajo del lenguaje es diferente, pero las mismas se encuentran en el camino de su estrategia, que para ambas, está formada por el sentido.

Si el sentido orienta a la poesía como orienta a la historia, tanto una como otra se encuentran dentro del discurso, por lo tanto son discursos; son la realización lingüística de un sujeto en contradicción con lo político, lo social y su relación con el Estado. De ahí se desprende que tanto la poesía como la historia solamente existen en el lenguaje, es decir, como relatos. A pesar de ser sus estrategias las mismas, sus tácticas son diferentes. Por lo tanto, relacionaré sus estrategias y plantearé paralelamente sus tácticas.

El autor que nos ocupa, Pedro Mir, nació en San Pedro de Macorís, República Dominicana, en 1913; es profundamente caribeño: hijo de una puertorriqueña y un obrero cubano. Nace precisamente en una ciudad que había sido fundada por los intereses azucareros disidentes de la problemática que en lo socio-político se estaba dando en las dos últimas antillas que pertenecían al imperio español: Cuba y Puerto Rico. Mir nace, como señala el yo de "Hay un país en el mundo", "producto de un viaje"; reafirmando el sentido de viaje que determina la caribeñidad. El yo de "Contracanto a Walt Whitman" se establece en su caribeñidad: "Yo,/ un hijo del Caribe,/ precisamente antillano./ Producto primitivo de una ingenua/ criatura borinqueña y un obrero cubano,/ nacido justamente,/ y pobremente,/ en suelo quisqueyano."²

Este poema fue publicado en Guatemala por un grupo de artistas y escritores y el Comité Guatemalteco de Solidaridad con el Pueblo Dominicano. Era la época de la resistencia contra la dictadura de Rafael L. Trujillo. Ya en 1952 Mir trabaja la concepción que llama Caribe a la región y la distingue de las

¹ Henri Meschonnic, "El marxismo excluido del lenguaje" (I y II), *Cuaderno de poética*, sept.-dic. (1985), III, 7, pp. 5-57 y enero-abril (1986), III, 8, pp. 7-46.

² P. Mir, *Viaje a la muchedumbre*, Segunda edición, México, Siglo XXI, 1973, p. 39.

Antillas, que aquí son vistas como componentes de un todo regional.

Lo que acabo de señalar nos muestra que el discurso poético que voy a situar está impregnado de una ideología que define y sitúa al Caribe, en un aquí y ahora, cuyo sentido, por abandono, o por desplazamiento, niega la decimonónica definición de antilla que a la vez excluía a otros países que hoy concebimos como parte de la dialéctica del sentido de nuestra cultura.

La poética miriana es histórica, trabaja lo histórico y tiene su historicidad. Uno de los textos donde más se trabaja lo histórico y la historicidad que guarda el sujeto en su relación con lo social, lo es el "Contracanto a Walt Whitman". Whitman, poeta romántico norteamericano elaboró una poesía ligada a la historia de su país, influido por la filosofía de Ralph Waldo Emerson. En su obra el sujeto y la trascendencia eran vistos de una forma panteísta; como aparece en su famoso "Canto a mí mismo" que publicó en su libro único: *Hojas de hierba*.³ La poesía de este autor influyó profundamente en los poetas modernistas caribeños y latinoamericanos, como el cubano José Martí y el nicaragüense Rubén Darío.

Mir trabaja la historia de Estados Unidos así:

Hubo una vez un territorio puro.

Árboles y terrones sin rúbricas ni alambres

Hubo una vez un territorio sin tacha.

Hace ya muchos años. Más allá de los padres
de los padres

Las llanuras jugaban a galopes de búfalos.

Las costas infinitas jugaban a las perlas.

Las rocas descendían sus vientres de diamantes.

Y las lomas jugaban a cabras y gacelas...⁴

A ese origen natural, deudor del romanticismo y el panteísmo, ideología que sirve de modelo al poema; sigue una lectura del yo whitmaniano como un yo individualista. La pureza del territorio va a ser transgredida por la llegada de la propiedad privada, simbolizada por "la palabra mío".⁵ Señala Manuel Matos Moquete que:

La lectura que Mir hace de la poesía de Whitman sigue un esquema ideológico marxista mediante el cual explica el surgimiento, desarrollo y decadencia de la sociedad capitalista en Estados Unidos a través del conflicto de intereses entre lo individual y lo colectivo, el yo y el nosotros.⁶

³ Walt Whitman, *Leaves of grass*, Nueva York, Doubleday, Dorian & Co., Inc., 1940.

⁴ P. Mir, "Contracanto a Walt Whitman", en *Viaje a la muchedumbre*.

⁵ *Ibid.*, p. 43.

⁶ Manuel Matos Moquete, "Poética política en la poesía de Pedro Mir", *Cuaderno de Poética*, sept-dic., (1987), V, 47, p. 13.

La palabra como enunciación de la realidad que hace aparecer una situación socio-económica, también nos remite al mito del origen de la creación, según el cual las cosas cobraron vida después de invocadas. En el poema el origen se relata y se simboliza convirtiéndose en un origen del origen, el desplazamiento de la metáfora.⁷

Hubo una vez un territorio puro.
solamente faltaba que la palabra
mío
penetrara su régimen oscuro.
Sin embargo,
el yo iba a decirla está allí
pero cogido
como un pez / en su red de costillas⁸

El origen más allá de los pioneros, más allá de la propiedad privada, es simbolizado por la ideología del liberalismo fundador. El yo pequeño burgués que la ideología socialista trata de deconstruir es introducido por Mir para simbolizar el origen del capitalismo norteamericano: el territorio puro es invadido por el capitalismo liberal. El sentido nos remite a una crítica medieval que concebía el comercio como una actividad corrupta y que se encuentra en la metáfora de Prudhomme: “la propiedad privada es el robo”:

Fue un salto.
De repente
el más recóndito yo
encontró su secreto beneficio.
Libertad de trabajo. Libertad de conciencia.
Libertad de palabra. Libertad de camino.
Libertad de aventura, proyecto y fantasía...⁹

Y suavemente se forjó la canción:
yo el cow-boy y yo el aventurero
y yo el pioneer y yo el lavador de oro
y yo Alvin, yo William con mi nombre y mi
suerte de barajas...¹⁰

El poeta trabaja el paralelismo entre su historia y la historia de los historiadores dando saltos por etapas y en ese etapismo ambos juegan a la misma teoría de la historia. Al principio existe un “territorio puro” —primera etapa—;¹¹

⁷ Jacques Derrida, *La deconstrucción en la frontera de la filosofía: la retirada de la metáfora*, Barcelona, Paidós, 1989.

⁸ P. Mir, *op. cit.*, p. 43.

⁹ *Ibid.*, p. 44.

¹⁰ *Ibid.*, p. 48.

¹¹ *Ibid.*, p. 43.

le sigue “un salto”, simbolizado por la “palabra yo” que pone en presencia al individualismo y al capitalismo liberal como hemos señalado más arriba —segunda etapa—,¹² lo que nos remite a la teoría de la historia en el marxismo-; y continúa (tercera etapa):

Ahora,
 escuchadme bien:
 si alguien quiere encontrar de nuevo
 la antigua palabra
 yo
 vaya a la calle del oro, vaya a Wall Street¹³

Esta tercera etapa, la imperialista, es la que pone en tensión todo el sentido del poema y constituye el sentido fundador por oposición a la ideología que domina el texto. La lectura de Whitman, su enunciación de la democracia y del yo que lo es todo:

Walt Whitman, a kosmos, of Manhattan the son,
 turbulent, fleshy, sensual, eating, drinking and
 breeding,
 no sentimentalist, no stander above men and women or
 apart from them,
 no more modest than immodest...
 Whoever degrades another degrades me,
 and whatever is done or said returns at last to me.¹⁴

Ese yo, leído por Mir y parodiado su sentido, también se encuentra parodiado al personificar un actante, Mr. Babbitt: “Yo, Babbitt un cosmos, un hijo de Manhattan”.¹⁵ Mir pasa del sentido del yo del poema whitmaniano, al sentido del actante de su texto. Este es una realización de lo socio-político. De manera significativa la teoría de la historia de Mir conduce a la elaboración de actantes: la personificación de la historia, elemento de la historia como relato.

La enunciación de Mr. Babbitt, el cosmos de Manhattan, el personaje de Wall Street, impera en el texto: “traedme las Antillas”,/ “traedme la América Central”,/ “traedme la América del Sur”/ “traedme todos los pueblos en azúcar y nitrato, en estaño, en petróleo, en bananas,/ en almíbar”.¹⁶ A la voz imperativa sigue una consecuencia que va construyendo el ritmo del sentido del poema: “viene cayendo”, cada país que entra en el sentido “viene cayendo”, pero: “Cuba trae su dolor envuelto en un estremecimiento de comparsas”; “México

¹² *Ibíd.*, p. 44.

¹³ *Ibíd.*, p. 56.

¹⁴ Agustín Bartra, *Antología de la poesía norteamericana*, Segunda edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. 74.

¹⁵ P. Mir, *op.cit.*, p. 56.

¹⁶ P. Mir, *op.cit.*, p. 56.

trae su rencor envuelto en una sola mirada fronteriza”. El poder de atracción del actante imperial es absoluto: “no preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho./ Vienen todos, vienen cayendo”.¹⁷

En esta parte, la enumeración país por país destaca un recurso significativo usado por Mir. La enumeración es amplia, su objetivo es político: presentar el carácter absoluto del imperio, dentro de una perspectiva geo-política. Por otra parte, el paralelismo es trabajado desde una perspectiva económica: los pueblos puestos en el ritmo del sentido, vienen en metonimias: “en azúcar”, “en nitrato”, “en estaño”, “en petróleo”, y “en bananas”.¹⁸

El sondeo de los paralelismos históricos de Pedro Mir nos envía de nuevo al origen, en este caso, en suelo quisqueyano: “Los balbucesos americanos del capitalismo mundial”, así subtitula su ensayo histórico *El gran incendio*. Es notable la reiteración de Mir en el origen y, sobre todo, en el relato no cientista en el que trata de validar sus discursos históricos. Esta obra está dividida en “jornadas” y las mismas tienen: “antecedentes”, “consecuentes” y “concluyentes”. Esto le da base a nuestra hipótesis de la historia como relato y nos deja entrever que el autor trabaja entre la metafísica del origen y la concepción positivista de la historia. De esta manera, Mir relata la historia, el origen de las devastaciones que inician el sistema de tierras comuneras en República Dominicana:

Un visitador nervioso, enviado por el Arzobispo de Santo Domingo, en la Isla Española, recorría las poblaciones del litoral Norte una mañana sonriente. Eran los días en que un siglo que acaba de morir anuncia el nacimiento de una época nueva, precisamente allá por los días juveniles del año de 1600... Cuando el enviado se asomó a aquellas páginas, como algunas tías solteronas se asoman a las picardías de sus sobrinas, hizo un descubrimiento desolador: los libros que leían las favorecidas doncellas eran nada menos que Biblias “en romance glosadas” según la (sic) de Lutero.¹⁹

La búsqueda del origen está legitimada por el relato miriano. Desde el inicio el autor que ensaya la historia no se aferra a la verdad erudita de notas y citas; el autor vuelve a la realidad empírica, a lo vivido, a lo que no puede comprobarse, a lo que tal vez fue, a lo que no se queda en la científicidad. Para contrastar esa postura miriana sobre la historia, se puede tomar el mismo prólogo que le escribe Rafael Altamira a la obra *Tres leyendas de colores* de Mir. El investigador basado en la científicidad se encuentra con un relato histórico que no se instala en la ciencia:

¹⁷ *Ibíd.*, p. 57.

¹⁸ P. Mir, *loc.cit.*

¹⁹ P. Mir, *El gran incendio: los balbucesos americanos del capitalismo mundial*, Tercera edición, Santo Domingo, Taller, 1984, p. 19.

Creo innecesario decir más por mi parte. Lea el público culto el libro de D. Pedro Mir; y no lo vea como si fuera una novela (aunque ya sabemos que la novela es una rama de la Historia humana y que, más de una vez, ha beneficiado a ésta); hecho que he subrayado en algunos de mis libros y respecto del cual avisé a mis discípulos, del servicio que presta a la investigación científica.²⁰

Para Altamira la científicidad legitima la historia, la narración debe ser un desbordamiento de lo racional. Mir zigzaguea entre la teoría y la práctica. Sus reflexiones sobre lo que hace son contradictorias. El objetivo de *El gran incendio* es la búsqueda del tiempo perdido y en este aspecto cita a Marcel Proust. Señala:

Pero nosotros tenemos que impedir que la novela se interponga en nuestra búsqueda. Y sí, como suele suceder en la vida misma, los acontecimientos más positivamente tienen ribetes novelescos... no quiere esto decir que el relato de estos acontecimientos y la meditación que ellos involucran y arrastran pertenezcan al dominio de la novela.²¹

Mir nos confirma aquí dos hipótesis: primero, que su objetivo como "historiador" es la búsqueda del origen. Aquí el autor se enmarca dentro de la metafísica, aunque partiendo de una teoría materialista de la historia; segundo, que concibe lo novelesco como una faceta de lo histórico, por lo que basa su discurso en el relato: en lo empírico y en la tradición oral:

Los relatos (...) determinan criterios de competencia y/o ilustran la aplicación. Definen así lo que tiene derecho a decirse y a hacerse en la cultura, y, como son también una parte de ésta, se encuentran por eso mismo legitimados.²²

Y más adelante señala:

Aquí no se trata, pues, de invención. Sino de búsqueda. Y no sólo del tiempo perdido sino también, y muy en primer plano, de las causas y consecuencias de la pérdida. Sobre todo, porque la búsqueda del tiempo perdido no puede tener otro sentido que el recuperarlo. Y conocerlo es ya un primer paso para esta recuperación.²³

Mir juega a la metafísica del origen y al predominio del pueblo como mentalidad colectiva. Por eso titula una de sus obras "*Leyenda*".

A partir de su teoría de la historia Mir trabaja su texto *Cuando amaban las tierras comuneras*. En esta obra su perspectiva histórica está planteada directamente y explicada por su actante Quique Villamán:

²⁰ Rafael Altamira, "Prólogo" a *Tres leyendas de colores*, op.cit., p. 8.

²¹ P. Mir, op.cit., p. 21.

²² Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 50.

²³ P. Mir, op. cit., p. 21.

El fuego no tolera la reconstrucción ni el remiendo y en consecuencia brotó de aquellas ruinas humeantes un marco histórico desconocido en este continente de cuyo seno nacieron dos naciones distintas y no sólo una y ésta es mis queridos compatriotas una bella historia y si quieren que lo diga todavía de una manera más exacta es una historia entrañable porque es nuestra historia mi historia y la historia de cada uno de ustedes.²⁴

En la novela —igual que en otros textos— Mir vuelve a la historia y sobre todo al origen. Sustenta que las devastaciones de Osorio, en la banda norte de la Isla Española, dieron inicio al capitalismo mundial. Además, que de este nuevo marco formado por la lucha entre los imperios coloniales surgieron la nación haitiana y la nación dominicana; pero sobre todo, nacieron los terrenos comuneros. Este análisis nos remite a la estrategia política de Pedro Mir, su relación con la sociedad y el Estado.

Los terrenos comuneros significan en la teoría de Mir la forja de una comunidad agrícola basada en la propiedad común de las tierras y un retorno del hombre al Paraíso. La historia tiene en estos discursos una trayectoria cíclica de vuelta al origen:

Un viejo dicen siempre es un viejo pero si la historia se repite aunque sea en un grado superior de desarrollo entonces el viejo además de un viejo viene a ser algo así como un depósito maravilloso de repeticiones de la historia y una especie de fuente donde beber no solamente el pasado sino también lo porvenir puesto que ese pasado habrá de repetirse...²⁵

La estrategia se puede otear. Veamos el decir de Pedro Mir:

En el lado de acá del gran incendio donde sólo encontramos una comunidad dispersa de seres desgraciados que no pudieron escapar de las ruinas humeantes y que al despertar de aquella pesadilla descubrieron que eran los propietarios de todo aquel territorio de donde habían emigrado la propiedad privada y los portadores de ella dejando además un prodigioso ganado para ser disfrutado y fue así como nuestros adanes y evas fueron arrojados al Paraíso.²⁶

Cuando amaban las tierras comuneras es un capítulo más de la escritura que pone en tensión la ideología latinoamericana de la tierra como el medio fundamental para organizar un modelo económico propio. Mir trabaja esa ideología basado en una metafísica del origen, la que desde la teoría cíclica de la historia lo conduce a la política y a la tensión que establece entre sujeto y Estado.

Las tierras comuneras funcionan en la estrategia política de Mir como una utopía recuperable, no en sí misma sino como modelo para otro modelo, el

²⁴ P. Mir, *Cuando amaban las tierras comuneras*, México, Siglo XXI, 1978, p. 180.

²⁵ *Ibíd.*, p. 282.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 181 y 182.

modelo socialista. Es decir, que aquí se plantea una metáfora de otra metáfora. Así describe Quique Villamán, maestro de escuela, el modelo de terrenos comuneros: como una institución que nació en 1620 y finalizó con la invasión estadounidense en 1920; un sistema de tierra que permitió a los dominicanos el disfrute de la propiedad territorial sin que la propiedad y las divisiones clasistas obstaculizaran el desarrollo humano en medio de una naturaleza proveedora de los frutos que le permitían consolidarse como un ser superior.

Las devastaciones, dispuestas por Felipe III, constituyeron una demostración de la debilidad militar de España en el Caribe. Esta no pudo contener el comercio de contrabando que realizaban los vecinos de esos lugares con comerciantes europeos provenientes de países capitalistas competidores, tanto en el aspecto económico como en el religioso.²⁷

Bosch se remonta a 1594 para encontrar las huellas de este acontecimiento, que él mismo ha descrito como un acontecimiento de "consecuencias funestas" para España y para los países del Caribe.²⁸ Igual que Mir, éste parte del origen religioso de la reacción que pone en conocimiento al rey español del problema existente en La Española. Lo religioso estaba mezclado con lo económico y éste con la política de dominación que surgía de la estrategia de los imperios europeos.

La solución tomada por Felipe III fue despoblar la parte occidental de la isla "sus pobladores, con los ganados, los esclavos, las bestias de silla y carga que tuvieran, serían llevados a la región oriental".²⁹ Las consecuencias de este acontecimiento son las mismas para Bosch y para Mir: las devastaciones abren la puerta a la influencia de los competidores europeos de España: Inglaterra, Francia y Holanda. La consecuencia más inmediata es el establecimiento de una sociedad de cazadores de ganado, los bucaneros, que vendían las pieles a los barcos contrabandistas de esos países y posteriormente un grupo que se dedicó a la agricultura, dando base a la apropiación de ese territorio por parte de Francia y al establecimiento de la colonia de *Saint-Domingue* de la que surgió la revolucionaria República de Haití.³⁰ Mir es reiterativo en que con este acontecimiento se inició el capitalismo en América.

Hay otros aspectos que debemos situar en el discurso histórico de Mir:

La antigua colonia española o lo que había quedado tras el delirio pirotécnico de Osorio, se había sumido en un profundo sueño. En el período transcurrido entre las llamas antiguas y los tambores modernos, el país parecía haber excavado una profunda cueva y haberse echado a dormir en el fondo de ella. El sistema feudal echó

²⁷ Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*, Cuarta edición, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983.

²⁸ *Ibíd.*, p. 183.

²⁹ *Ibíd.*, p. 187.

³⁰ *Ibíd.*, p. 193.

profundas raíces somnolientas y anuló al país en su cueva condenándolo a vivir perpetuamente en él. Cada año que transcurría alejaba más a aquel pueblo de la vida moderna. Era, en ese final del siglo dieciocho tan inmediato al diecinueve, una reliquia brumosa y harapienta del siglo dieciséis.³¹

Si después de las devastaciones la Isla quedó en el sueño feudal, ¿cómo se originó el sistema paradisíaco de las tierras comuneras? Entre el historiador Pedro Mir y su personaje Quique Villamán hay dos sentidos de la historia: el feudal y el paradisíaco de las tierras comuneras.

Quique Villamán describe los terrenos comuneros como “una forma peculiar” de relaciones de producción basadas en el disfrute colectivo de la tierra, sin que existiera la propiedad privada, sin que por medio se presentara el título notarial. Era un “sistema desconocido” en otros lugares.³²

H. Hoetink, basándose en la *Historia de Santo Domingo* de Antonio Delmonte y Tejada, coincide con Mir al describir el origen de los terrenos comuneros. Hoetink profundiza en la descripción de las características de este modelo agrícola: la escasez poblacional, el poco valor de la tierra y la ausencia de mensura catastral que dificultaba dividir el hato, posibilitaban la existencia de los terrenos comuneros, que existían según Antonio del Monte y Tejada desde el siglo XVII.³³

El origen sigue siendo el punto de partida de la ideología que articulan los textos mirianos. En *El gran incendio* el punto de partida, situado como cita filosófica (sentido dialogante)³⁴ es un pensamiento de Heráclito de Efeso: “El fuego se cambia por todas las cosas, y todas las cosas por el fuego, lo mismo que el oro por la mercancía y la mercancía por el oro”. Esta cita está colocada al comenzar el libro en su “Jornada primera: antecedentes”. La misma acentúa el sentido del origen; origen de dos naciones que es expresado así:

No (...) permitan ser arrastrados por los convencionalismos patrioterros que nos quieren convertir en colonizadores españoles y creadores del Nuevo Mundo cuando somos los hijos legítimos de la destrucción y la catástrofe porque de esa manera crearemos un pasado legendario y mitológico pero nos impediría conocer a fondo nuestras esencias contemporáneas y el curso genuino de la historia a través de todas sus épocas...³⁵

Lo que sigue en 1920 es, desde cierta perspectiva positivista spenceriana, la muerte de un mundo. Un cosmos donde “se llevaba el honor en los bigotes”;³⁶ donde la tierra se vende por 20 pesos y si no se está utilizando se guarda

³¹ P. Mir, *El gran incendio*, pp. 150-151.

³² P. Mir, *Cuando amaban las tierras comuneras*, p. 182.

³³ H. Hoetink, *El pueblo dominicano (1850-1900)*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1985, p. 15.

³⁴ M. M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Segunda edición, México, Siglo XXI, 1985, pp. 294-323.

³⁵ P. Mir, *op.cit.*, p. 184.

³⁶ *Ibid.*, p. 82.

la costumbre de quitarle la cerca. Don Flor, hombre de levita y leontina, es el actuante que sirve para dramatizar el fin de ese mundo que se inicia con la intervención estadounidense de 1916 y con las disposiciones catastrales que se implantaron.

En la poética de Pedro Mir la tierra es la patria, el sentimiento de lo que existe se une a la no posesión del suelo. La intervención es la transgresión que pone la patria en peligro y que significó el derrumbe del sistema de tierras comuneras. El sentido del campesino dueño de todo el territorio nacional, que es presentado en la obra como una "situación paradisíaca"³⁷ fue trastocado por los estadounidenses; su punto de partida es la agrimensura. El agrimensor es el actuante que da base a otro mundo: el de la propiedad privada y del terrateniente:

...Hubo tipos como el padre de Bonifacio Lindero que en lugar de rebelarse por el deslinde de las tierras optó por convertirse él mismo en deslindador clavando linderos libremente en razón de que nadie le iba a impedir que lo hiciera si estaba dispuesto a trabajarlas pero en realidad de lo que se trataba era de someter al Tribunal de Tierras las propiedades de las tierras que había cercado al amparo de un título cualquiera y desde luego falsificado.³⁸

Es significativo que la novela de Mir tenga como escenario a tres puntos geográficos donde se desarrolló la industria azucarera: Puerto Plata, San Pedro de Macorís y La Romana. Principalmente estas dos últimas ciudades colocadas en el sur y sureste de la Isla fueron asiento de los intereses azucareros estadounidenses a principios de siglo y fundaron la política de la intervención estadounidense.³⁹

Este acontecimiento, fruto de la política expansionista de Estados Unidos, constituyó el final del sistema de los terrenos comuneros y dio inicio a una reestructuración del modelo capitalista en la República Dominicana. Aquél país necesitaba producir azúcares para el mercado mundial aprovechando la coyuntura de la Gran Guerra. Las antiguas tierras comuneras fueron convertidas en plantaciones de caña de azúcar y se desarrolló un enclave azucarero, principalmente en las ciudades de La Romana y de San Pedro de Macorís.

Sobre el desarrollo de este enclave azucarero señala Manuel Moreno Fragnals:

La producción azucarera de la República Dominicana que había crecido consistentemente desde principios del siglo XX (53,000 t en 1900; 126.058 t en 1915) recibió un nuevo impulso a partir de la ocupación norteamericana (1916-1924), entrando plenamente a la fase corporativa de su desarrollo. Durante la ocupación se ponen en

³⁷ *Ibíd.*, p. 84.

³⁸ *Ibíd.*, pp. 84-85.

³⁹ Manuel Moreno Fragnals, *La historia como arma y otros ensayos sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Cátedra, 1983, p. 87.

marcha los centrales “Romana” (desde entonces el mayor de la República), “Barahona”, “Las Pajas” y “Boca Chica”. Estas nuevas industrias y la ampliación de las preexistentes, duplicaron la producción durante los años de la ocupación norteamericana (128.000 t en 1916; 233,000 t en 1924) y triplicaron también la tierra, desde 56.420 ha a 159.913 ha en el mismo período.⁴⁰

Se produjo el reordenamiento del Estado dominicano como un poder al servicio del capitalismo estadounidense que se manifestaba en los intereses azucareros. La dictadura de Ulises Heureaux y el gobierno de Ramón Cáceres constituyen el punto más elevado de la asociación de la oligarquía dominicana a esos intereses. Cáceres firma con Estados Unidos la Convención Dominico-Americana que pasa las aduanas al control extranjero. Cuando no puede mantener el control del Estado, ni mantener la estrategia del gobierno estadounidense, el gobierno de Woodrow Wilson decide intervenir directamente en República Dominicana.⁴¹

Entre los objetivos logrados por el gobierno militar se pueden citar los siguientes: a) el desarrollo de un programa de obras públicas encaminado a establecer una red de carreteras que comunicara todo el país; b) la organización de una guardia nacional que controlara todo el territorio nacional y se convirtiera en el único organismo armado en el país; c) la legalización de los títulos de propiedad de las compañías azucareras y madereras; d) la implantación de una tarifa arancelaria que reestructura la economía nacional y debilita las bases económicas de las clases dominantes locales.⁴²

La política del gobierno militar se concentró en crear una infraestructura que le permitiera el control político y económico del país. Esto implicó el despojo de las tierras de los pequeños campesinos y el crecimiento de ese monstruo verde que iba, poco a poco, cambiando los campos del este del país en el dominio del central. La construcción de nuevas vías de acceso le permitió a los interventores iniciar una campaña de “pacificación” del país, librándolo de las seculares rencillas político-militares del Concho Primo, y los brotes de resistencia campesina que se dieron, principalmente entre los campesinos que se resistían a ser desplazados, y que fueron llamados despectivamente “gavilleros”.⁴³

Mir enfoca la resistencia del movimiento campesino en su novela cuando se refiere a “...los azares del movimiento gavillero que por entonces estremecía aún la vida bucólica de la parte oriental de la República bajo el mando de un número desconocido, pero impresionante de aguerridos combatientes.”⁴⁴

⁴⁰ *Ibíd.*, pp. 92-93.

⁴¹ Emilio Betances, “Orígenes del Estado capitalista en la República Dominicana”, *Política: teoría y acción*, dic. (1989), X, 117, p. 22.

⁴² *Ibíd.*, p. 23.

⁴³ J. Bosch, *op. cit.*, p. 662.

⁴⁴ P. Mir, *op. cit.*, p. 213.

Vicentico, Blanco Caraballo, Félix Laureano, Mango Viejo, Fidel Ferrer, Ramón Natera y Pedro Tolete son colocados por Mir como los combatientes de esa resistencia campesina al desalojo o despojo de las tierras comuneras, pero también los iniciadores de la lucha contra el imperialismo estadounidense que va a seguir el pueblo dominicano en este siglo. El autor toma el folklore como recurso signifiante de su novela, para dar el sentido de gesta de pueblo al movimiento campesino, (“tolete ya lo rulo’ están / tolete pa’ comer con pan”), al referirse al último de estos gavilleros. Su estrategia hay que situarla en todo el texto, pero provisionalmente puedo señalar que se debe al populismo y al sentido de la historia buscado dentro del pueblo mismo.⁴⁵

Mir presenta también la ideología imperialista que consideraba a los líderes del movimiento como “gavillas”: forajidos y ladrones de los campos, de donde proviene el nombre como se le conoce, siguiendo a un periódico de la época:

...El periódico explica a continuación que estos gavilleros eran simplemente unos forajidos dedicados a asaltar las bodegas de las plantaciones azucareras obligando a los marines a ocupar el país y como resultado de esa información el director del periódico manifestándole su más enérgica protesta por los términos en los cuales se interpretaba la resistencia nacional a la ocupación militar extranjera...⁴⁶

En esta novela, el movimiento gavillero, que históricamente fue de carácter regional, aparece considerado como un movimiento nacional y, además, como el defensor de los terrenos comuneros.⁴⁷ Mir trabaja la historia dominicana desde el ensayo histórico y desde el poema; la relación entre la poesía y la historia nos conduce a una teoría del lenguaje, del sujeto y del Estado.⁴⁸

En su poema “Hay un país en el mundo” el sentido histórico y la apuesta política del autor lo llevan a interpretar la historia a partir de la tierra, la caña y su manifestación más absoluta: el ingenio; así como la situación de los campesinos. Todo esto ligado a la destrucción del sistema de terrenos comuneros y la influencia determinante de Estados Unidos en la política dominicana.

La situación del “país” de ese poema es, en el terreno afectivo, político y material: “Sencillamente triste/ y oprimido/ sinceramente agreste y despoblado”. Ese despoblamiento guarda una relación paralela con la historia dominicana. Pero en el texto que me ocupa, Mir trabaja lo histórico con un ritmo-sentido que traspasa la historia de los historiadores y elabora su propia historia, entre la política y la utopía:

⁴⁵ Matos Moquete, *op.cit.*

⁴⁶ P. Mir, *op. cit.*, p. 215.

⁴⁷ *Ibíd.*, p 216.

⁴⁸ H. Meschonnic, *loc.cit.*

...y tierra bajo los árboles y tierra
 bajo los ríos y en la falda del monte
 y al pie de la colina y detrás del horizonte
 y tierra desde el canto de los gallos
 y tierra bajo el galope de los caballos
 y tierra sobre el día, bajo el mapa, alrededor
 y debajo de todas las huellas y en medio
 del amor.⁴⁹

La abundancia de tierra trabaja el sentido de una comunidad campesina que se aferra a su proyecto agrícola como única forma de sobrevivencia. Señala Michiel Baund que el productor agrícola vivía en una situación crucial al final del siglo XIX hasta el extremo que era de preocupación de las clases urbano-mercantiles la situación de la producción agrícola.⁵⁰

República Dominicana, desde mediados del siglo pasado, había tenido que enfrentarse a una intromisión extranjera. El poeta recrea la utopía y la política desde la ideología que funda la sociedad agrícola:

No es eso solamente.
 Faltan hombres
 para tantas tierras. Es decir, faltan (hombres
 que desnuden la virgen cordillera y la hagan madre
 después de unas canciones.⁵¹

He llamado utopía a ese anhelo del yo poemático, ya que no se funda dentro del texto como una realidad sino como un deseo, por lo cual pasa a lo político. La existencia de tierra no implica en el poema el disfrute de la misma por los sujetos que actúan dentro de su estructura. No es cierto que los campesinos van a cultivar “cantando su franja propietaria”.⁵² Porque la tierra no alcanza para “su bronca muerte”, no alcanza “para quedar dormido”.⁵³ El poema propone una historia paralela con la situación del campesino despojado de sus tierras. El yo poemático se pregunta:

¿Cómo es posible?
 ¿quién dice que entre la fina
 salud del oro
 los campesinos no tienen tierra?⁵⁴

⁴⁹ P. Mir, “Hay un país en el mundo” en *Viaje a la muchedumbre*, p. 4.

⁵⁰ M. Baund, “Ideología y campesinado: el pensamiento de José Ramón López”, *Estudios Sociales*, abril-junio (1987), XIX, 64, pp. 66-67.

⁵¹ P. Mir, *op. cit.*, p. 4.

⁵² *Ibíd.*, p. 5.

⁵³ *Ibíd.*, p. 6.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 10.

El sentido remite a la causa de esta situación: el ingenio como poseedor de las tierras, los hombres, los medios de producción, los políticos, los abogados, de todo. Éste actúa como el transgresor, posee todo y todo lo convierte en cristales de azúcar; exporta hasta el paisaje y el país mismo se va camino de los puertos extranjeros. El ritmo del sentido del poema trabaja lo político y la historia en la poética de Pedro Mir:

Miro un brusco tropel de raíles
son del ingenio
su soporte de verde aborígen
son del ingenio
y las mansas montañas de origen
son del ingenio
y la caña y la yerba y el mimbres
son del ingenio...
...y los pueblos pequeños y vírgenes
son del ingenio
y los brazos del hombre más simple
son del ingenio
y los guardias con voz de fusiles
son del ingenio...⁵⁵

El dólar es en este poema la metáfora que representa este dominio: "el resultado". La medida del valor de todas las mercancías, como es definido por los economistas materialistas, resume toda la apropiación y la enajenación económica que plantea el ritmo del poema y que guarda un sentido paralelo a la historia de los historiadores:

Recorre las ciudades de los abogados
que no son más que placas y silencio, a los abogados
que no son más que nieblas y silencio y a los jueces
silenciosos. Sube, salta, delira en las esquinas
y el día luminoso se resuelve en un dólar inminente.
Un dólar! He aquí el resultado. Un borbotón de sangre.⁵⁶

Esta interdicción no termina ahí. Desde la apropiación de las tierras el yo poemático lanza su venganza, su desquite: la maldad de los que se roban la tierra, su deshumanización y su falta de virilidad: no tienen sexo en una patria donde los campesinos no tienen tierra.⁵⁷

El yo del poema busca a los culpables y plantea la acción del desquite el cual debe darse en nombre de la patria y anuncia la revolución a través de su consecuencia:

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 13.

⁵⁶ *Ibíd.*, pp. 14-15.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 9.

Y sacando los héroes de su tumba
 habrá sangre de nuevo en el país.
 Habrá sangre de nuevo en el país.⁵⁸

Mir simboliza el sentido partiendo de tres acontecimientos fundamentales de la historia dominicana y los procesos sociales que la han determinado. Si observamos bien, toda la relación que este autor establece entre su obra y la historia de su país está enmarcada en esos procesos básicos. La intervención estadounidense de 1916 tiene en el discurso de Mir un hilo conductor (el automóvil) con los acontecimientos de abril de 1965 y la invasión que le va a seguir.

En la escritura de Mir aparecen como centro de negación las ideologías del desarrollo del imperialismo económico norteamericano, además de las ideologías de la resistencia. Ya he señalado la predominancia de lo político en la obra de este autor. Esa política es la política de la resistencia caribeña y latinoamericana ante las ideologías imperialistas.

La Doctrina de Monroe, la teoría del Destino Manifiesto, la política del Buen Vecino y el Corolario Roosevelt a la Doctrina de Monroe, trataron de justificar un cambio de mando y un nuevo dominio imperial que suscita una resistencia en el pensamiento político latinoamericano (El Modernismo, en su segunda etapa, el arielismo... el pensamiento de José Martí, Betances y Hostos); que se reafirma en las vanguardias latinoamericanas y el movimiento de la negritud.⁵⁹

Los movimientos populistas que se inician en los años 20 y las ideologías que acompañan el desarrollismo latinoamericano después de la segunda Guerra Mundial encuentran en el movimiento socialista obrero y pequeñoburgués de Nuestra América la espada de la resistencia.

Combatiendo y dialectizando esas ideologías se dan las obras artísticas de Pedro Mir. El poeta trabaja las ideologías en textos que las atraviesan y las ponen en tensión. El Caribe —geografía, etnología y resistencia— es un espacio central en esta poética:

Plurales, los pueblos del Caribe, silenciosos
 algunos, otros tristes y anónimos, y algunos
 salidos de la fuente del olvido, como ocurre
 cada vez que la noche se detiene en su recodo
 junto a una ventana persuasiva,
 duermen.

.....
 Pero aquí estamos nosotros todos con la misma
 rodilla elevada en nuestras tierras. Oro antiguo

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 16.

⁵⁹ Gerald Pierre-Charles, *El pensamiento socio-político en el Caribe*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 63-128.

que lo recorre desde entonces, desde aquellas
floridas carabelas en forma de gaviotas

.....

Esta es aquella meditación tranquila que la tarde deja a ustedes
sosegadamente a orillas de la tarde
frente del inmenso regazo tórrido del mar Caribe.⁶⁰

A esa contextualización se le yuxtapone la reescritura de nuestras gestas nacionales en contra de las intervenciones que las políticas antes citadas han producido en América Latina y el Caribe. En la que la ideología de resistencia parte del relato y de la crónica como he apuntado anteriormente. Mir escribe su poema "Al portaviones Intrépido", donde reelabora la historia de resistencia del pueblo dominicano contra el dominio imperial:

¡Quién pudiera decirlo de tus bronces,
portaviones Intrépido!
Tú tan lleno de potencias interiores,
tú tan lleno de bruscas erupciones
y movimientos sísmicos
y huracanes de rocas derretidos
y tanto fuego
capaz de aniquilar a todas las Antillas
con un solo resuello,
surto en la enternecida rada de Santo Domingo
solamente por miedo.

Con todos tus cañones desplazados
solamente por miedo
bien ceñido el feroz cinturón acorazado
solamente por miedo.

¿Será porque la carabela capitana,
aquella Santa María, hace ya mucho tiempo,
vino a amarrar indígenas después de descubiertos
y fue en los farallones y las rocas
convertida en cadáver marinerero?

¿Será porque el furioso buque insignia
acorazado de Memphis, no hace mucho tiempo,
vino con su cuatro chimeneas
a contener al pueblo
y fue en los farallones y las rocas
convertido en cadáver marinerero?⁶¹

En *Cuando amaban las tierras comuneras* Mir se centra, desde el novelar, en esa reescritura de la historia, en la crónica; desde esa ideología de la

⁶⁰ *Ibíd.*, pp. 92-93.

⁶¹ P. Mir, "Al portaviones Intrépido", *op. cit.*, pp. 80-81.

resistencia al imperialismo económico y político que va a desembocar en la ideología socialista.

No es raro que Mir se inscriba en esta ideología ya que perteneció al Partido Socialista Popular dominicano. Esta colectividad fue fundada por los exiliados del régimen de Trujillo en Cuba en la década del cuarenta.

Lisa Davis ha escrito sobre este mismo texto, desde una perspectiva estilístico-sociológica, que Mir plantea en *Cuando amaban las tierras comuneras* que el futuro de la República Dominicana será socialista porque en su pasado histórico y en su esencia lo ha sido.⁶²

Esperamos haber demostrado que Pedro Mir trabaja una teoría de la historia que, estando basada en el materialismo histórico y científico, se enmarca dentro de una metafísica del origen. El propósito del autor es político. La teoría política que convierte sus textos en una axiología tiene su punto más interesante en una teoría de la historia basada en el relato como recurso legitimador. Esta teoría lo pone en contradicción con el cientismo que ha dominado los estudios históricos en la última centuria y lo coloca dentro de un empirismo que se basa en el origen de la historia y en los relatos como gesta y leyenda. La estrategia de la teoría política es validar la ideología que concibe al pueblo como el protagonista de los hechos históricos.

Mir ha reunido en la práctica de la escritura una poética que imbrica lo político, lo poético y lo histórico, ya que cada uno de estos supuestos tiene una misma finalidad: el sentido. Cuando analizamos y contrastamos la escritura (“acto de solidaridad histórica... relación entre la creación y la sociedad, el lenguaje literario transformado por su destino social, la forma captada en su intensidad humana y unida así a las grandes crisis de la Historia”)⁶³ de Pedro Mir, nos sorprende esta relación que aunque dentro de una metafísica de la historia centrada en la búsqueda del origen, plantea una relación utópica y recuperable. En su discurso lo político obstaculiza lo teórico.

Mir realiza una lectura materialista del poema “Canto a mí mismo” de Walt Whitman y plantea un discurso sobre el origen de Estados Unidos como nación y como imperio. Mir manifiesta el sentido de un eslabón perdido de la última fase del modernismo que coincidió con el avance del imperialismo estadounidense en las dos primeras décadas de este siglo, y que se manifiesta dentro del arielismo: tensión entre lo hispánico y lo sajón.

El autor dominicano pone en tensión la relación entre República Dominicana y Estados Unidos siguiendo un paralelismo entre la historia que realizan los historiadores y la historia que escriben los poetas. Estas se diferencian en la cientificidad de la primera y el carácter empírico de la segunda. Ambas, como

⁶² Lisa David, “Revolución socialista en las Antillas: *Cuando amaban las tierras* de Pedro Mir”, *Vórtice*, verano, (1979), II, 2-3, p. 218.

⁶³ Roland Barthes, “El grado cero de la escritura” en Beatriz Sarlo, *El mundo de Roland Barthes*, Argentina, Centro Editorial de América Latina, 1981.

se ha señalado más arriba, tienen la misma apuesta: el sentido. Además, juegan la misma estrategia del discurso, aunque los historiadores basados en la cientificidad quieran negarlo.

*Miguel Ángel Fornerín
Colegio Universitario de Cayey
Universidad de Puerto Rico*

¹⁰ Lisa David, "Revolución socialista en las Antillas: Cuando creaban los tiburinos de Puerto Rico", *Forbes*, marzo 1997, p. 218.
¹¹ Roland Barthes, "El grado cero de la escritura", en *Essays Critiques*, ed. Pierre Michel Le Guern, París, 1966, p. 10.
¹² Jacques Couffignal, *La Antología de la Antología*, París, 1971, p. 10.